

Carlos Salinas Lo Claro y lo Oscuro

POR LORENZO MEYER

LA decisión de Miguel de la Madrid de hacer de Carlos Salinas de Gortari el próximo Presidente de México, abre para el futuro inmediato del sistema político y de la sociedad mexicanos una gama de nuevas posibilidades, pero también de incógnitas y peligros. En fin, dejar el mando al joven ex secretario de Programación y Presupuesto representa una gran apuesta del régimen en donde todos tenemos mucho que ganar o perder.

Hay que empezar por el principio y éste no resulta muy prometedor. La selección de Carlos Salinas se gestó y se materializó dentro de las formas más tradicionales del "tapadismo", formas que ya son, en mucho, anacrónicas y fuente de ilegitimidad. Al iniciarse el proceso, pareció haber la voluntad de superar el pasado, pero al final resultó que, en realidad, el PRI dio un gran salto hacia atrás y regresó a la época del "tapadismo" más puro: el del Presidente Ruiz Cortines. Tal retroceso es inaceptable.

★

EL "tapadismo" ya dio de sí todo lo que podía y el mismo día en que culminó el proceso de selección se mostró públicamente lo precario de su sustento —y lo ridículo de sus pretensiones democráticas— cuando alguien, por error o deliberadamente, mandó durante casi un par de horas las señales equivocadas e inició la espectacular cargada en favor del "mejor hombre", que no lo fue: Sergio García Ramírez. La carcajada de los espectadores ha sido monumental y ha traspasado las fronteras. La "po-

lítica moderna" a la que hizo referencia Carlos Salinas de Gortari en su discurso de aceptación de la precandidatura requiere, entre otras cosas, que el PRI deje de ser la pura maquinaria que es hoy y asuma realmente su carácter de partido. Tarea difícil pero no imposible.

Al poner en marcha el mecanismo que busca hacer de Carlos Salinas el nuevo Presidente de México, De la Madrid intenta afianzar el cambio histórico de modelo económico que él inició y que Salinas de Gortari instrumentó. En 1982 entró en crisis un modelo

de desarrollo económico que no podía existir sin un déficit crónico en su intercambio con el mundo externo. Fue De la Madrid quien debió comenzar la búsqueda de una alternativa, y la encontró en la ortodoxia: en la llamada "reconversión industrial", que consiste en disminuir el papel económico del Estado, aumentar el de la iniciativa privada y forzar a la economía mexicana a ser adicta a la exportación en vez de a la protección. La definición es sencilla, su puesta en práctica no, pues el costo de la transformación lo tienen que pagar quienes cuentan con menos recursos.

★

EL costo social de la crisis ha sido enorme y sin embargo ésta aún no ha sido superada. Todavía no hemos podido ver los resultados positivos que se prometieron. Y lo peor es que, desde esta perspectiva, el sacrificio debe continuar. Justamente por eso, es muy probable que a la hora de decidir quién le debería suceder en el mando, el Presidente De la Madrid tuvo en mente la posibilidad de que en el próximo sexenio una parte importante de la élite política —la más tradicional— pudiera intentar aprovechar la coyuntura para variar el rumbo, e intentar revivir la tradición corporativa, populista (que es el acercamiento del sistema político mexicano a lo popular) y autoritaria. Tras la Revolución, el nuevo régimen desdeñó en la práctica, la democracia política, pero en cambio mantuvo la promesa —que finalmente no cumplió— de la justicia social para las masas, y del nacionalismo económico frente a las potencias centrales del mundo capitalista. El modelo económico adoptado por Miguel de la Madrid

aleja aún más el momento de la justicia social y aumenta la contradicción entre el discurso político del régimen y la realidad. Es probable que, finalmente, el Presidente viera en Carlos Salinas de Gortari al colaborador más dispuesto a resistir la tentación de resolver esta creciente contradicción, y las tensiones que está desatando, por la vía del retorno al pasado. Ahora bien, esta decisión en favor de la continuidad del proyecto conlleva costos.

Para empezar, está el problema que es propio de todo cambio generacional abrupto, como el que se ha iniciado ahora. Con Salinas y sus 39 años de edad, las perspectivas para los políticos tradicionales (de esos de los que no hace mucho se burló públicamente Ruiz Massieu, el amigo íntimo de Carlos Salinas y actual gobernador de Guerrero) parecen ser muy pocas. ¿Qué se va a hacer con ellos? O más concretamente, ¿esa legión de poderosos se resignará a pasar definitivamente y sin mucho ruido al retiro para gozar de la enorme riqueza que ya acumuló, o va a

luchar por sobrevivir junto con sus formas de hacer política? Esa es una primera incógnita.

La rapidez con que Carlos Salinas ha hecho su carrera política le ha impedido contar con la pluralidad y riqueza de experiencias que todo político bien fogueado debiera tener. Nadie niega que el actual precandidato presidencial del PRI tiene fama de honrado, cuenta con una buena preparación académica, voluntad política e inteligencia. Pero la complejidad de un país como México es enorme. Así pues, a ningún futuro Presidente le puede venir mal una gran experiencia acu-

mulada que se traduzca en sabiduría y sensibilidad. Una carrera relativamente corta, de éxitos ininterrumpidos y la atmósfera de esas ciudadelas de la tecnocracia que Carlos Salinas conoce al dedillo, y que son la Secretaría de Hacienda, el Banco de México y la Secretaría de Programación y Presupuestos, no son la mejor escuela para adquirir esos valores políticos a los que me refiero.

★

OTRA incógnita es la relación entre el precandidato y el movimiento obrero oficial. Los rumores, los gestos públi-

cos de desagrado de Fidel Velázquez y, sobre todo, la lógica de la coyuntura política indican que ese pilar del PRI que es el movimiento obrero organizado —que se formó en el modelo político y económico populista que hoy está muriendo— no deseaba que Salinas de Gortari y el proyecto que él representa quedaran al frente de los destinos políticos de México en 1988. El problema no es sólo el desacuerdo obrero con la política instrumentada por el hasta hace poco secretario de Programación y Presupuestos —inflación imbatible y la pérdida de más del 40% del poder adquisitivo del salario—, sino también que, en el nuevo modelo económico, no hay lugar para el sindicalismo tradicional: corrupto y enemigo de la eficiencia.

Habría más que decir,

pero el espacio se acaba. En conclusión, creo que el proceso que se ha iniciado de transmisión del mando de Miguel de la Madrid a Carlos Salinas representa algo más que un mero relevo sexenal, significa el intento de superar los obstáculos que se oponen a que México logre transitar definitivamente de una etapa histórica iniciada hace cuarenta años a otra que aún no se perfila bien y está llena de incógnitas. Hagamos votos porque el desmedido entusiasmo que despertó en la Bolsa de Valores la noticia de que Salinas de Gortari será el sucesor de Miguel de la Madrid no signifique que quienes son la contrapartida de los especuladores —los mexicanos que viven de su salario, de su trabajo real— deban abandonar toda esperanza.